Errores y aciertos de Giovanni Papini

«El Noticiero Universal» 24/1/1981

JOSE TARIN-IGLESIAS *

EN el baúl de mis recuerdos más entrañables, el nombre de Giovanni Papini –del que acaba de cumplirse el centenario de su nacimiento– ocupa un lugar preferente y, ciertamente en el momento en que se abre, su presencia destaca rápidamente entre el montón de cosas más o menos vivas que suele guardar. A pesar del tiempo transcurrido, su memoria y la de sus libros, sutiles y combativos, permanece inalterable. Hace casi medio siglo, por vez primera, cayó en mis manos un ejemplar de **«Gog»**, cuyas páginas sinceras y apasionadas, al comienzo de los años treinta, provocaron un verdadero impacto entre la gente de mi generación. El malogrado e impulsivo Ricardo Suñé fue quien me lo hizo leer y, poco después en la desaparecida y evocada librería de Puig y Alfonso de la plaza Nueva, adquiría la edición que popularizó **«Apolo»** y que todavía conservo como uno de mis libros más queridos.

Desde entonces, bien puede decirse que fui un «fan» de aquel Papini, con silueta de arcángel revolucionario, que comenzó a ser intensamente discutido por unos y por otros. Hacía muy pocos años, que de un ateísmo radical y absoluto, –muy a la italiana–, habíase convertido en un ferviente católico.

En 1918, había dicho al Padre Angeli: «He sido siempre en el fondo, contra las apariencias, un místico; pero ahora me estoy convirtiendo, y no solamente de teoría, en un cristiano». Fue entonces cuando aquel florentino, de maciza espiritualidad, comenzó a trabajar en su **«Historia de Cristo»**, a la vez que publica algunos artículos periodísticos, en los que se refleja buena parte de su nuevo estado de ánimo. «Los hombres –escribe– no tienen el coraje de renegar de sí mismos. No se atreven a confesar que estaban sumergidos en el error». Ello constituyó un verdadero revulsivo, que sacudió a muchos de sus lectores, y algunos de los más fieles, incluso, le volvieron la espalda. Se enfrentó decisivamente con su pasado, rompiendo totalmente con él y, cuando pone punto final a su **«Historia de Cristo»**, se somete, humildemente, al juicio de la Iglesia y el libro consigue el más espectacular de los éxitos. El de Papini era un Jesucristo rebelde y genial, que amargo o mordaz, sin cuyos ingredientes es difícil llegarle a comprender.

En los días de la segunda guerra mundial pasó por momentos difíciles a consecuencia de algunos descalabros familiares, que le atrincheran en **«su»** chalet de fines de siglo, de una Florencia llena de calamidades. Existe un libro, no muy conocido: **«Italia mía»**, escrito, según su autor, con la urgencia del momento, que es de una delicada belleza. En algunas ocasiones, deambulando por los rincones de la ciudad de los Médicis, he evocado mentalmente las deliciosas descripciones que Papini hace de sus principales monumentos, y he sentido una honda y profunda emoción.

Los aciagos días de la guerra influyeron decisivamente en su vida, y en las páginas de su **«Diario»** existen interesantes revelaciones, que ponen de manifiesto su estado anímico. Tiempo después publicó el apocalíptico **«Juicio universal»** y más tarde **«El libro negro»**, que viene a ser una segunda parte de **«Gog»**, obra de madurez, en el que se asoma, constantemente, el sarcástico y desenfadado Papini juvenil. Fue por aquellos años cuando su salud declinó ostensiblemente. «He pasado largos meses de tristeza y sufrimientos. He soportado todo –escribe– con la esperanza de curarme». La aparición de **«El diablo»** asustó a una inmensa mayoría inmovilista. Por cierto que a este respecto tengo una curiosa anécdota. Había conseguido un ejemplar de la edición americana y, después de leerlo, lo comenté circunstancialmente con un ilustre y respetado amigo, que me pidió que se lo prestara, para poderlo leer en unos días de asueto que iba a pasar junto a las estribaciones del Pirineo. Se lo llevó, pero al regresar noté que evitaba por todos los medios hablar de él, hasta que un día se lo pedí directamente.

Al principio mi amigo contestó con ambigüedades, hasta que terminó confesándome que otro amigo común con el que pasaba las vacaciones, más o menos, se lo había quitado, puesto que se trataba en el fondo, según él, de una obra, prohibida y que en el futuro figuraría en el **«Indice»**.

La publicación de **«El diablo»** levantó una gran polva-